

LA MEMORIA, TESTIMONIO DE UN TRÁGICO EPISODIO MINERO

MEMORY, TESTIMONY OF A TRAGIC EPISODE OF THE MINE

Alfonso García Rodríguez

Instituto Leonés de Cultura

RESUMEN

En mayo de 1952 ocurrió un grave accidente minero, conocido como el «Accidente del Socavón», en Santa Lucía de Gordón (León). Fue un duro golpe colectivo en la historia de aquel pueblo, el mío, que no se ha olvidado totalmente. Para que esto no ocurra este texto pretende reconstruir a través de la memoria algunos momentos de aquellos días. La memoria tiene capacidad para constituirse en testimonio.

PALABRAS CLAVE: Accidente, entierro, luto, memoria, mineros, muerte, ritos, sirena, velatorio.

ABSTRACT

In May 1952, a serious mining accident occurred, known as the «Inkhole Accident», in Santa Lucía de Gordón (León). It was a collective hard blow in the history of that town, mine, which has not been totally forgotten. So that this does not happen, this text tries to reconstruct through memory some moments of those days. Memory has the capacity to become a testimony.

KEY WORDS: Accident, burial, mourning, memory, miners, death, rites, siren, wake.

Francisco Flecha Andrés escribió en *Si esto fuera Macondo...* (2010:42), que «las cosas no nos hablan de sí mismas. Nos hablan de nosotros, de aquello que hemos sido, o que queremos recordar de lo que fuimos». Comparto la idea de Elías Canetti (1994: 25) de que «la infancia se torna más plena conforme envejecemos, y no es cosa vana tomarle la

medida a nuestros primeros años», y la de Xuan Bello (2019: 37) de que «tener memoria significa dialogar con quienes fuimos». Estas líneas no son otra cosa más que un breve diálogo con «esa musaraña de la memoria que suele llamarse alma» (Caballero Bonald 2014: 108-109), aun a sabiendas de resultar siempre la memoria curiosa y anárquica. «Parecía una caja de herramientas desordenada –escribe Ana Merino (2020: 90)– en la que, cuando buscas una cosa, aparece otra. Herramientas aparentemente innecesarias que tenían un extraño significado».



La solidaridad siempre fue una de las características humanas del minero.

Una de las labores de la memoria es la selección. Nunca es neutra: activa unas cosas y desactiva otras, con el problema de poder cambiar y transformar. Es más, a cierto ejercicio de la memoria, no solamente literaria, por supuesto, le queda –lean *Los fuegos obligados*, por citar al colombiano Ramón Cote Baraibar– la función de atestiguar las pérdidas, que es lo mismo que afirmar que, en alguna medida al menos, alivia ciertas heridas del vivir. Tuve un cierto acercamiento a este sentimiento no pocas veces cuando redacté capítulos –algunos sobre la mina y sus circunstancias sociales– del libro *Los límites de la memoria* (2018), que, en el fondo, pretende ser una clave de lectura para dar sentido, a través de los personales, a los recuerdos colectivos y así permitir, en cuanto es posible, la construcción de la singularidad identitaria de un grupo. Y es que los recuerdos, que son los ojos de la memoria, son esenciales para asegurar no sé si el proceso de transmisión, sí, desde luego, la referencia del testimonio escrito. Y es que las generaciones que

atesoran la posibilidad del testimonio oral están en trance de desaparición definitiva. No es bueno perder la referencia de saber que la memoria de los pueblos es buena garantía y parte de su fortaleza. No podemos olvidar que, para situarnos en el tiempo, el cambio de las antiguas formas de vida a la actual, en una rápida transformación que provocó muchos olvidos colectivos y muchas mutilaciones, se produjo a mediados de la década de los 70 del pasado siglo.

Las costumbres y tradiciones españolas en torno al ciclo vital —especialmente las referencias al nacimiento y la muerte— están recogidas abundantemente. Refiero, por su carácter monográfico sobre esta provincia, el librito, de carácter divulgativo, que escribió Concha Casado Lobato (1992) sobre *El nacer y el morir en Tierras leonesas*. Con ligeras variantes —a veces curiosidades locales—, los ritos del ciclo se repetían normativamente, incluso perfilados con precisión en los capítulos de las Ordenanzas Municipales y en los estatutos de las Cofradías. Estos ritos no solo han cambiado hoy sustancialmente, sino que se han globalizado y, por tanto, uniformado. El profesor de Antropología Social y Cultural Adolfo García Martínez afirma, no sé si exactamente con estas palabras, que los ritos funerarios de hoy consisten en quitarse el muerto de encima. Y creo, por duro que parezca, que no le falta razón.

Volvamos al centro de nuestro interés. Nos situamos, por tener una referencia cronológica, en mayo de 1952 en Santa Lucía de Gordón (León). Yo era apenas un niño. Un accidente de grisú mató a nueve mineros en mi pueblo. Desde aquel momento quise registrar esa reconstrucción del rito, más amplio y habitual, para dejar constancia. Una separata de la revista *Honaguera* sirvió de vehículo para un largo poema —«Canto ceremonial con nueve nombres propios» (García Rodríguez 1980)— en que intenté reflejar, a través del verso, ese sentimiento al que aludo, con encabezamiento en cada una de sus partes de la noticia aparecida en los periódicos. No encontré entonces otra fórmula para testificar lo que llevaba en mi interior desde niño. Hoy, ante la definitiva desaparición de la actividad minera, la urgencia es mayor. Un pueblo no puede diluirse en la pérdida paulatina de una identidad que lo definió durante buena parte de su historia. Un libro mío (1993) y varios textos sueltos han atrapado buena parte de ella, pero falta mucho por hacer. De ahí la importancia de la memoria contrastada, de la memoria como reconstrucción identitaria. Somos testigos de la historia y con ella tenemos algunas obligaciones.

No puedo dejar de subrayar, para seguir contextualizando los hechos, que los tiempos y las circunstancias nos sitúan en una cultura cerrada y aislada. Esto conduce a pensar en que la pequeña comunidad tenía, en principio, marcas y características muy definidas, en caso de muerte en la mina (una o dos mensuales en la década de referencia), fuera, por tanto, de los ritos genéricos, previos y posteriores, a la muerte natural: enfermedad, viático, velatorio, conducción del cadáver al cementerio, enterramiento, luto... La

muerte por la enfermedad laboral de la silicosis tenía entonces también una tasa muy elevada. De este tema, de estos temas mejor, escribió un interesante libro el que fuera entonces médico en la localidad y de la empresa minera. Luis Fernández Arias-Argüello construye la ficción sobre recuerdos y experiencias en sus *Episodios mineros*, del que les recomiendo, para el caso de la enfermedad, el titulado «Un hombre bueno», un texto largo y útil, cercano al costumbrismo o al realismo más preciso, del que reproduzco unos párrafos:

Desde entonces, el médico joven visitaba al viejo silicoso cada vez que se lo permitían las obligaciones con la empresa minera.

Eran más bien visitas de amigo, aunque sin prescindir, naturalmente, del cuidado de la salud del enfermo, al que mantenía desahogado a base de administrarle personalmente el oxígeno y abundar en la medicación del primer día, cuyos efectos cada vez eran menores y menos duraderos.

Decepcionado, consultaba con renovado empeño textos y apuntes de la facultad y libros actuales, y procuraba hacerse con todo lo publicado sobre silicosis, sabiendo, no obstante, que el tratamiento sintomático de la misma, o por mejor decir de sus complicaciones, único posible, era demasiado aleatorio.

Pese a ello, se ilusionaba con dar con una vacuna que preservase de la enfermedad, o con un producto energético pero inofensivo, capaz de disolver «in situ» las piedras de los pulmones.

-Tiene que haber algo. La mente humana es muy pródiga. Hay que exprimirla. Descubriré algo para usted –comentaba con «Garlopín», al que había cobrado gran afecto-.

Éste, que era un auténtico pozo de ciencia infusa, fina ironía y pragmatismo, le convenía con benevolencia.

-¡No sea niño, hombre! Déjese de fantasías. A estas alturas, para este menda al menos, el caldito caliente, que usted receta. Por cierto, el vino «fervido», que decimos por aquí, vino caliente, aunque sea con un poquito de canela, es lo mejor para catarros y ronqueras. No se olvide de recomendárselo a la parienta para mí. Mejor el vino con canela que el agua del grifo. Y, por más que especule, el remedio para la silicosis está en prevenirla. Usted debía de saberlo mejor que nadie. Entra en su sueldo. El polvo, una vez instalado en los pulmones, no hay quien lo desaloje. Lo dice todo el mundo. Y este, además, es de antracita, piedra pura y de muy mala inquina. ¡Claro, que para eso de la prevención, tendrían que ser un poco menos rácanos los empresarios! Pero no hay modo. ¡Y cuidado que se enriquecen con el carbón mucho más y más deprisa que con cualquier otro negocio! Pero todo les parece poco. Así somos. El que la coge, para él. ¡Qué le vamos a hacer! Y los peores, los que vienen de abajo, los nuestros. Fijese, hoy en día, casi todos

los nuevos ricos son del gremio. Antiguos mineros sin demasiados escrúpulos. Cuando no se tiene, mucho repartir; y cuando se tiene, a repartir lo de los demás. ¡No falla! Bien es verdad que algo se ha mejorado. El trabajo, cuando yo empecé, era terrible. Tener que andar decenas de kilómetros monte a través, en alpargatas, con los pies helados, o con madreñas, dando trompicones antes de meterse en un chamizo inmundo, y bregar diez o más horas seguidas, hasta en domingo, con agua hasta las rodillas, era tremendo. Luego, la silicosis, el «nistagmu» ese, lo que se mueven los ojos sin parar como si tuvieran azogue dentro; el reuma, el grisú, los derrabes, los costeros sueltos que se te vienen encima cuando menos lo esperas. Igual que ahora, pero a mansalva, sin respeto humano, que tampoco existe mucho todavía. Es más, por codicia de dinero, pues se vende hasta el escombro, y por falta de principios y decencia, apuran tanto que hasta hay más muertos que entonces (2006: 105-106).

El ritmo horario básico del pueblo estaba marcado por el sonido de una sirena que, instalada por la empresa minera que explotaba el carbón, indicaba las horas de entrada y salida del trabajo de buena parte de los obreros de exterior. Era una referencia fija, exacta y reguladora, por tanto, de toda la comunidad, prácticamente toda ella dependiente de la mina. Es de suma importancia subrayar esta presencia. Porque a veces –muchas, desgraciadamente– sonaba, con tono distinto, en horarios diferentes de los establecidos. Entonces esta sirena –«la sirena de la muerte»– anunciaba algo muy grave, un accidente mortal. La confirmación llegaría con el característico tañido lúgubre e inequívoco de las campanas de la iglesia. Esta circunstancia trastocaba, inevitablemente, la normalidad de vida: la gente salía a la calle, corría, preguntaba, se descorazonaba ante la posibilidad de la cercanía familiar del muerto, caminaba con urgencia hasta el hospitalillo, que en dura pendiente, la empresa había construido sobre la ladera de una montaña. Antes de llegar a él, en la mayoría de los casos –hubo algunos de mucha impaciencia, nervios e incertidumbres–, la familia ya se había enterado, con lo que se sucedían escenas dramáticas, dada la habitual juventud de los fallecidos que, en caso de los casados, dejaban viuda muy joven, embarazada en no pocos casos o con niños muy pequeños. Una consecuencia para el análisis no es otra que el alto número de huérfanos que había en aquella localidad y otras limitrofes. Otra referencia, en este orden de cosas, fue el problema económico de futuro, aunque en aquel momento la pensión de viudedad llegase incluso al 75% del salario.

Los accidentes mortales formaban parte de nuestro paisaje colectivo. Estos, y la propia dureza del trabajo en sí, que acogió oleadas de inmigrantes de otras zonas españolas, también produjo en otros momentos salidas hacia provincias más industrializadas, del norte del país especialmente. Y especialmente, a partir de mediados de la década de los años sesenta y progresivamente, la búsqueda de otras alternativas laborales asentadas en un altísimo número de estudiantes universitarios.



La Brigada de Salvamento muestra su preparación a la población por aquellos años del accidente.

Entre los espectadores, en primera fila, un niño, el autor de este artículo.

Al muerto, digo, lo llevaban al hospitalillo. En algunos casos, al depósito de cadáveres, un espacio desangelado adosado al cementerio en que se le practicaba la autopsia. Si su muerte violenta –con agonías inimaginables en no pocas ocasiones– les privaba del consuelo, espiritual y social, del Viático, con frecuencia, dado el estado en que había quedado por explosiones, quemaduras, aplastamientos..., también del rito de la mortaja digna, vestido el cadáver para hacer el viaje con las mejores galas, seguro que el único traje del armario, el de la boda (había vecinos que eran verdaderos especialistas en este menester). Cuando el velatorio, sin embargo, era en casa, al margen de las escenas sucedidas por la desaparición inesperada, si es que sirve aquí el adjetivo, seguía preciso ritual, aunque posiblemente con mayor presencia humana: la habitación desmontada y vacía, con dos velones, uno a cada lado de la cabecera del féretro, rodeado de familiares, amigos, compañeros... a los que se ofrecía café y, entrada la noche, posiblemente pastas y cognac. Hasta la hora del entierro la casa se convertía en un verdadero desfile para dar el pésame, ofrecerse a la familia y predicar resignación a los allegados, con todo tipo de comentarios técnicos sobre el fatal accidente.

Después de la misa *corpore insepulto*, y bajo el tañer de las campanas, que finalizaba al perderse la comitiva tras el último repecho del largo y empinado camino hasta el cementerio, tenía lugar, en uno de los laterales de la fachada del templo, el pésame público. Solo lo recibían hombres, que estrechaban la mano, o se abrazan, a una habi-

tualmente larguísima hilera de gentes de aquí y de allá que querían mostrar así sus condolencias a los familiares, por cierto, portadores de un luto bien visible: una cinta negra cosida en la solapa izquierda y un brazalete, ancho e igualmente negro, en la manga, unos centímetros más arriba del codo. Hablando de luto, la viuda —que no solía asistir ni a misa ni al sepelio, acompañada en casa por mujeres cercanas o de parentesco— se vestía de negro íntegramente, en un primer momento quizás gracias al teñido urgente de algunas prendas. Un luto riguroso (externo e interno), especialmente si la viuda era joven, que, a causa de esta circunstancia trágica, lo llevaría durante siete o más años. Observador de mi entorno, constato que no pocas mujeres, por razones fáciles de deducir, guardaban luto durante toda su vida, acrecentando el envejecimiento, al menos aparente, por el negro, con pañuelo que cubría cabeza y laterales de la cara, anudado bajo la barbilla (Álvarez *et alii* 2005). Eso sí, misas y rosarios ofrecidos a favor espiritual del difunto, su presencia en la iglesia se acentuaba, si cabe aún más.

Como era habitual en todas las circunstancias, la conducción del cadáver hasta el cementerio se hacía a pie. Portado el féretro en unas andas apoyadas sobre los hombros de cuatro amigos, parientes o vecinos, que se turnaban por tramos, la comitiva iba precedida por monaguillos que portaban cruz en el centro y faroles con vela escoltándola. Detrás, el sacerdote, que recorría el trayecto recitando oraciones en latín. De vez en cuando, y ya en puntos establecidos por la costumbre, se detenía para el descanso de quienes portaban las andas, para personalizar las oraciones y para pasar el bonete entre los asistentes solicitando un donativo para elevar plegarias por su alma y por todas las almas del purgatorio. Estas «paradas» eran de agradecer, por lo empinado del itinerario y, si era invierno, por las dificultades añadidas del barro de las calles y el calzado de las *madreñas*, todavía muy utilizadas. He de decir que, en el caso concreto al que me estoy refiriendo, publiqué varias fotos en el libro referido (1993) del entierro de algunos de los mineros fallecidos en el accidente y de otros aspectos relacionados con la minería de la comarca, hoy ya verdaderos documentos.

La nieve era una seria dificultad añadida. Había que *espalar* el camino y la zona del cementerio en que iría ubicada la tumba, que previamente se excavaría en la tierra a pico y pala. En los casos de muertes a que nos referimos, sin embargo, estas actividades materiales presentaban menos dificultades, dada la implicación en ellas de la empresa. Y se notaba igualmente en el mayor número de coronas que se integraban en el cortejo: a la habitualmente solitaria de familiares y allegados se unían en estas ocasiones la de compañeros de macizo, o de grupo, acaso de categoría... Parece que la habitual solidaridad —el que fuera minero, Lorenzana (2019), insiste en su obra narrativa en ella como rasgo o característica esencial— en la despedida definitiva se intensificaba en estos casos. No digamos en algunos más excepcionales, como el referido de 1952 en el Socavón.

El mayor número de muertos, la sucesión de entierros por no ser posible el rescate de cuerpos a la vez —con la dolorosa y consiguiente angustia de la espera—, y la proyección social del acontecimiento desbordó cualquier previsión posible.



Entierro de alguno de los fallecidos en el «Accidente del Socavón».

Estamos en el cementerio, alrededor de la tumba excavada. Finalizada la liturgia correspondiente, se indica que el ataúd —la «caja»— puede ser ya depositada en tierra, labor en que colaboran los allegados y vecinos mediante una sencilla utilización de cuerdas y sogas para tal fin. Es entonces cuando los familiares besan terrones de tierra que dejan caer sobre la madera. Y se empieza a cubrir con pala. Los presentes, bajo la dirección del sacerdote, rezan *padrenuestros*, ahora en castellano, con la mezcla de algunos latines sacerdotales. Solo cuando la tumba queda cubierta y adecentada, la cruz clavada sobre la tierra y las flores depositadas sobre el espacio del descanso eterno, se da por finalizada la ceremonia.

No es raro que la despedida se hiciese con un nuevo pésame a la salida del cementerio. Los asistentes, entre conversaciones y lamentos, retornaban a sus hogares o al bar. Es verdad que la vida seguía, pero ya se había cobrado muchos muertos. La única duda era quién sería el siguiente.

Recuerdo desde la niñez aquellos días angustiosos y todos sus ritos y ceremoniales. Así acabo el poema «Canto ceremonial con nueve nombres propios», como constatación de permanencia, a través de la memoria, al menos de aquellos mineros que forman parte de la misma para que el olvido no pueda borrarlos:

Son las cinco de la tarde. O las cuatro, o las tres...

«La impresión a esa hora es muy pesimista» les dijeron por teléfono.

Y lo escribieron textualmente,

como si tal cosa.

«Los nombres de los sepultados son:

EMILIO LÓPEZ SUÁREZ,

PAULINO GARRIDO MARTÍNEZ,

ERNESTO VICENTE GUTIÉRREZ,

HERMINIO RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ,

MARCELINO GONZÁLEZ POZO,

MANUEL DEL RÍO VALBUENA,

LUIS BARREIRO PAREDES,

ELÍAS ORTEGA ANGUITA,

ÁNGEL RABADÁN GARCÍA».

(De los periódicos)

Advierto que en los periódicos

venían sus nombres seguidos, ocupando un pequeño espacio
en las crónicas de sucesos.

En aquel momento

yo no conocía sus nombres.

Sí sabía

que era padre de... (y se sentaba conmigo en la escuela),

o padre de... (tengo una foto colgado en sus brazos),

hermano de,

hijo de...

Hoy, a veintiocho largos años de distancia,

he escrito su poema.

Sus nueve versos,

ordenados por mí,

son lo más auténtico.

BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ, A. *et alli* (2005): *Cuentos de mujeres sobre la mina*, B. Delmiro Coto (ed.). Gijón, Centro de Iniciativas Culturales.
- BELLO, X. (2019): *Incierta historia de la verdad*. Barcelona, Ed. Rata.
- CABALLERO BONALD, J. M. (2014): *Fábula y memoria*. Madrid, Alianza Editorial.
- CANETTI, E. (1994): *El suplicio de las moscas*. Madrid, Ed. Anaya & Mario Muchnik.
- CASADO LOBATO, C. (1992): *El nacer y el morir en Tierras leonesas*. León, Caja España.
- FERNÁNDEZ-ARIAS ARGÜELLO, L. (2006): *Episodios mineros*. Granda-Siero (Asturias), Madú Ediciones.
- FLECHA ANDRÉS, F. (2010): *Si esto fuera Macondo o, al menos, un pueblo con palmeras...* Publicaciones de la Universidad de León.
- GARCÍA RODRÍGUEZ, A. (1980): «Canto ceremonial con nueve nombres propios». *Hornaguera. Revista de la S.A. Hullera Vasco Leonesa*, nº, diciembre, s.p.
- GARCÍA RODRÍGUEZ, A. (1993): *Una historia en imágenes. En el centenario de la Sociedad Anónima Hullera Vasco Leonesa*. Madrid, Spainfo.
- GARCÍA RODRÍGUEZ, A. (2018): *Los límites de la memoria*. León, Libros de Camparredonda.
- LORENZANA, J. C. (2019): *Relatos mineros*. León, Eolas Ediciones.
- MERINO, A. (2020): *El mapa de los afectos*. Barcelona, Ed. Destino.